



ESTRATOS

LaViscera
Año 02
Núm. 16
Octubre 2022

LA
VISCERA
Magazine

Año 2 | Núm. 16

LaViscera Magazine

 www.facebook.com/LaViscera

Dirección / Coordinación

EDULOGIC PRODUCCIONES

Corrección

CVH

Consejo de redacción

CARLOS SAN JORGE

PATRICIA SÁNCHEZ

CARLOS VICENTE

Maquetación / Diseño

PATRICIA SÁNCHEZ

Contacto:

LaViscera@edulogic-producciones.com

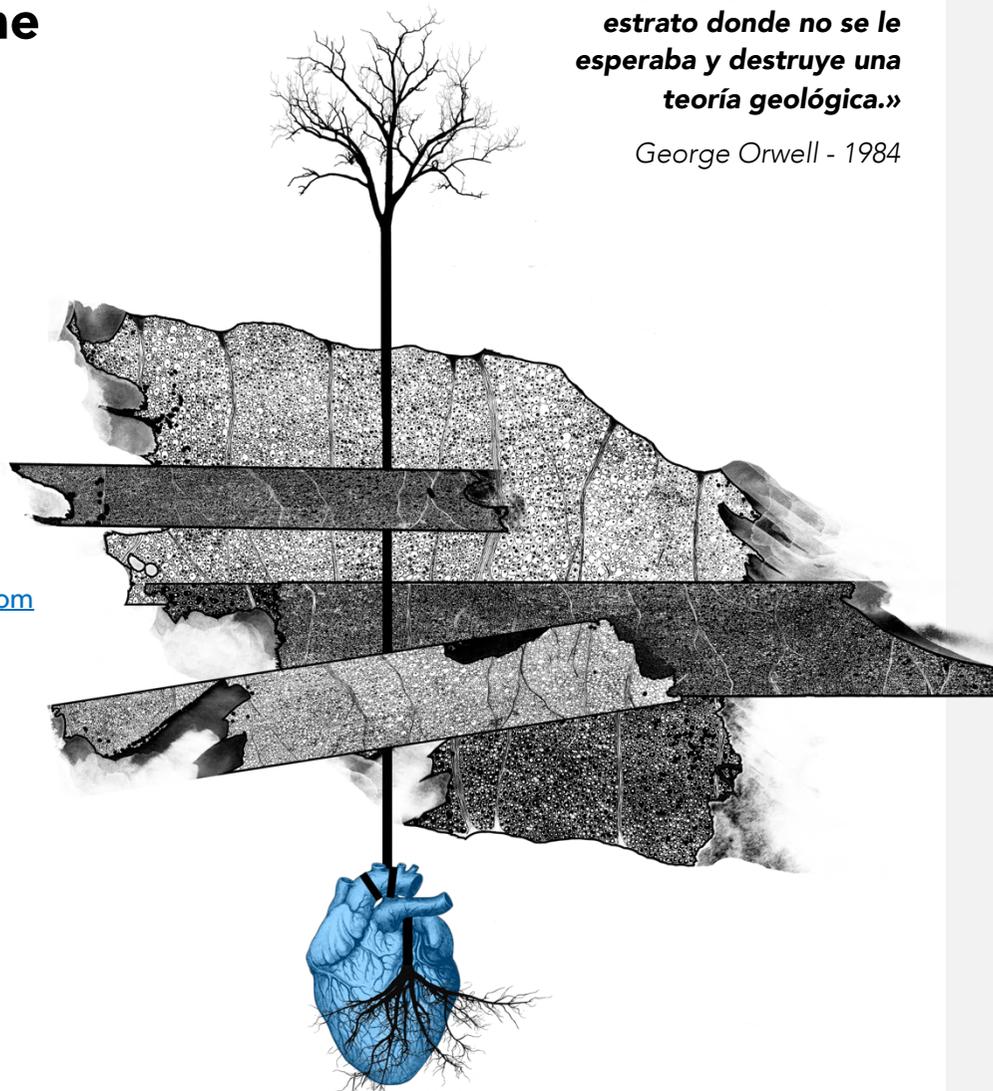
www.edulogic.es

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin autorización expresa de los autores y del equipo directivo de LaViscera Magazine. Todos los derechos reservados.



*«Ese pedazo de papel era
ya una prueba concreta;
un fragmento del pasado
abolido como un hueso
fósil que reaparece en un
estrato donde no se le
esperaba y destruye una
teoría geológica.»*

George Orwell - 1984



| | |
|----|--|
| 05 | Carlos Vicente UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XVI) |
| 07 | Patricia Sánchez APENAS |
| 09 | Beatriz Gorjón LA MENTE |
| 11 | Carlos San Jorge ESTRATOS DE AFEITES Y COSMÉTICOS |
| 13 | Andrés M. Níguez LA FOTO |
| 15 | Jara Aizpurua ELLIOT |
| 17 | VÍSCERAS INVITADAS: ISABEL BERNARDO EN TANTAS CAPAS Y AÚN CANTAN |
| 19 | VÍSCERAS INVITADAS: JAVIER GALLEGO EL ESTRATO INFINITO |
| 21 | Pedro Vez Luque LA OBRA |

Las decepciones. Las risas. Las pérdidas. Las despedidas. Las resacas. Las mentiras. Las justificaciones. Los abrazos. Las traiciones. Las clases. Los bocatas del recreo. Las cicatrices. Los accidentes. Los logros. Los orgasmos. Los engaños. Las canciones que suenan una y otra vez. Las lágrimas. Los tropiezos. Las madrugadas. Las lluvias torrenciales. Las playas pisadas. Los nudos en la garganta. Los gritos de rabia. Las sonrisas forzadas. Las verdaderas. Los soplos de crecimiento. Las roturas de tendones. Los esguinces. Los secretos. Las dioptrías. Las arrugas de nueva creación.

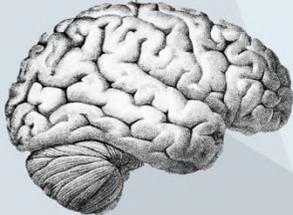
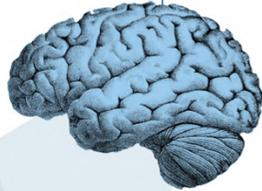
Y debajo...

LO QUE FUISTE.

UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XVI)

CARLOS VICENTE

Pliegues de asentamiento en la isla Antipaxos, Grecia



Siempre he querido escribir -pero nunca lo haré- una obra de teatro en la que hubiera dos hermanos y que sus profesiones fueran totalmente diferentes: un geólogo y un psicólogo. Esos dos hermanos están encerrados en un sótano. Fuera hay un apocalipsis y la única manera de sobrevivir es no salir durante mucho tiempo y esperar a que pase la catástrofe. Sería algo así como...

Rafa y José Miguel están en un cubículo en el que hay dos camastros, un armario, un gran respiradero con una hélice dando vueltas y cajas llenas de latas de comida y armas. No se sabe si es de noche o de día...

Rafa: ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

José Miguel: Ni lo sé ni quiero saberlo.

Rafa: ¿Y qué hora es?

José Miguel: Y a mí qué más me da.

Rafa: Parece que te has levantado hoy con alguna preocupación, como cuando éramos niños y no se te podía hablar hasta que desayunabas.

José Miguel: Ya estás levantando la costra.

Rafa: ¿La costra?

José Miguel: Sí, la costra. Tú levantas la costra y esperas a que se muestren los sedimentos.

Rafa: Interesante.

José Miguel: Llevas así desde que nos encerramos y ya empiezo a estar harto.

Rafa: ¿Qué quieres decir con eso?

José Miguel: Que no has cambiado nada. Que desde que tengo uso de razón todo lo que haces es para ver cómo reaccionan los demás. Para que se desmoronen y tú los deconstruyas.

Rafa: Exageras un poco.

José Miguel: Doña Laura siempre lo decía.

Rafa: ¿La profesora?

José Miguel: Sí, la profesora. Decía que eras como una especie de charcutero que cortaba en rodajas a los otros niños. Lo escuché cuando se lo dijo a papá y mamá. En aquel momento no lo entendí, pero ahora sí.

Rafa: ¡Qué cruel ella! Me puso un mote como si fuera un criminal de guerra.

José Miguel: Cada noche sueño con que no debería haber entrado aquí contigo. Arriesgarme a quedarme ahí fuera y ser yo mismo.

Rafa: Y morir, eso es lo que tú quieres, ¿no?

José Miguel: Lo vuelves a hacer. Levantas la costra y un día te vas a encontrar con lo que no quieres.

Rafa: Pero te quieres morir.

José Miguel: No, lo que yo quiero es matar.

Rafa: ¿Te acuerdas de cuando hacíamos aquellas casas del terror en la habitación y el pasillo y salía un monstruo o aparecía volando un cuchillo hecho con cartón?

José Miguel: Sí.

Rafa: Pues eso somos nosotros ahora. Sabemos lo que hay ahí fuera, pero nos asustamos. Sabemos que va a salir un cuchillo de cartón volando, pero aún así nos asustamos.

José Miguel: ¿Y?

Rafa: Que tú olvidas que te vas a asustar para poder asustarte. El miedo es una poderosa herramienta de control. Te gusta sufrir.

Y así seguirían hablando y recordando su infancia, su juventud, sus bodas, sus divorcios, sus fracasos y sus miedos. Y así el público podría comprobar delante de ellos cómo una persona puede diseccionarse en capas para tener la ilusión de entenderlos cuando, en realidad, no entendemos nada.

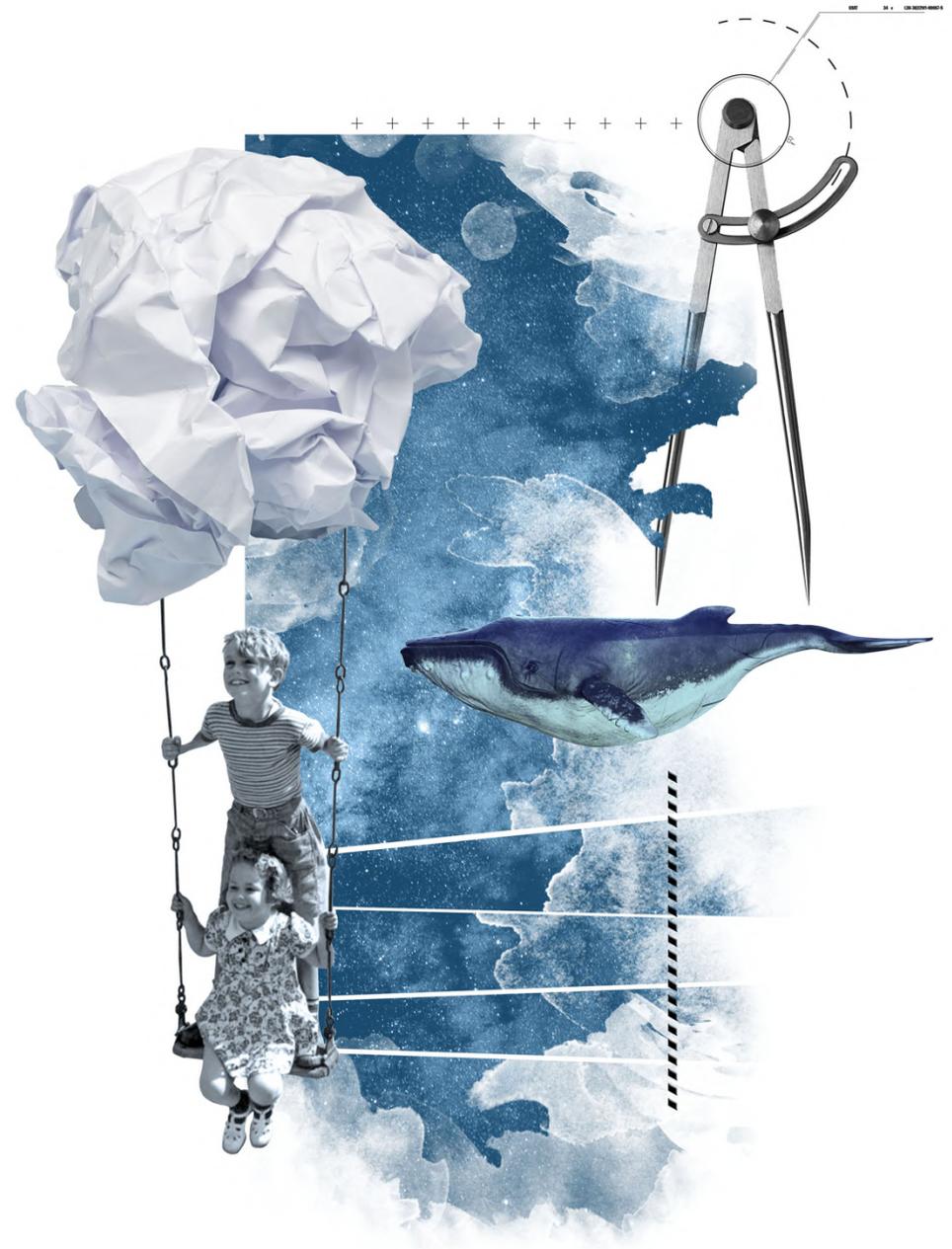
APENAS

PATRICIA SÁNCHEZ

Apenas si somos siluetas recortadas por un sol caprichoso. Figuras que bailan sobre una pista compuesta por siglos y siglos de otros, estratos de historia y de tierra. Muñecos movidos por hilos no tan difíciles de encontrar. Apenas si somos imágenes en los pensamientos o sueños de alguien, o voces, olores, gestos... Apenas sonrisas forzadas por la situación. Capas y capas de recuerdos que se disponen en lechos latientes y que modificamos sin darnos cuenta, pero a conveniencia. Apuestas arriesgadas, proyectos sin hoja de contratación, números rojos en asientos contables que cojean de más de una pata. Apenas somos porcentajes en estadísticas por nadie encargadas. Difusas imágenes que nos retrotraen a un columpio compartido en aquellos años en los que creíamos volar, en los que estábamos convencidos de que nos comeríamos el mundo. Apenas somos un suspiro que se escapa entre el hueco de unos dientes no tan perfectos como quisiéramos. Caricias a destiempo y carcajadas poco afortunadas. Composiciones de colores artificiales en galaxias inventadas por las que vuelan criaturas más amables en nuestro imaginario que en la vida real. Apenas somos un puñado de acciones políticamente incorrectas por espontáneas o comprometidas.

Apenas si somos parte de una historia que nos convertirá en polvo ya por nadie estudiado...

... y aún así, en algún momento de esta vida de prestado, nuestro corazón latió con la fuerza de los que se creyeron destinados a hacer grandes cosas.





LA MENTE

BEATRIZ GORJÓN

Qué misteriosa la mente,
repleta de luces y sombras.
Dudas, certezas, desastres, deseos.
Trampas, victorias, condenas, remiendos.

Buscando nidos donde refugiarse,
suplicando una tregua que nunca llegó.
Atando a los monstruos con la sogá corta,
desobedeciendo instintos, pasiones, condenas.

Son tantas personalidades las que la habitan
que parece un carnaval.

La escultura que se ha utilizado de base para este diseño se llama «Passivity» y fue creada en 1938 por Britt-Ingrid Persson

COBARDE como cuando quieres y no dices nada.
INTENSA como un poema de Alejandra Pizarnik.
INSENSIBLE como un banquero sin vocación.
DIRECTA como un golpe de Mohamed Alí.
OBEDIENTE como un niño el cinco de enero.
INESPERADA como un terremoto de escala siete.
PELIGROSA como una tormenta de arena por el desierto.
FUERTE como un trago de tequila.
ENCANTADORA como en el primer día de trabajo.
RAYADA como una poeta con mal de amores.
PESADA como un borracho a las cinco de la mañana.
EGOISTA como un hijo único compartiendo un postre.
NOSTÁLGICA como abrazos de abuelos perdidos.
ERIA como una noche del mes de enero.
FRÁGIL como un castillo de naipes.
SUPERFICIAL como un influencer en las Maldivas.
SOLITARIA como un farero.

...

Siendo las distintas personalidades
interiores como estratos de un todo.

NOTA DEL AUTOR: este texto es un homenaje al personaje creado por Carlos Vicente «El poeta payaso» para la obra de teatro homónima.



ESTRATOS DE AFEITES Y COSMÉTICOS

CARLOS SAN JORGE

Un día más me pongo frente al espejo y, mirando el sombrío lienzo que se presenta ante mí, comienzo la rutina diaria de usar el maquillaje para tratar de ocultar mi patética existencia.

Después de la crema hidratante correspondiente, me aplico una base para tapar las grietas más acuciantes. Cada vez me resulta más difícil cubrir las arrugas de la frente, que, como una típica broma universitaria y en un perfecto braille, deben gritar algo así como: «*Es un fraude*».

Luego tapo las ojeras que delatan que Morfeo dejó de ser mi compañero de borracheras nocturnas hace muchísimo tiempo. Se cansó muy pronto de esa agobiante sensación de esperar ese puto nuevo día que terminará siendo igual que todos los anteriores. Y se largó para no volver. Como el antiojeras suele ser más bien poco efectivo, la mejor opción es añadir bajo cada ojo una buena capa de maquillaje para disimular todos esos tragos de bourbon que me regalo para que el dolor de mi realidad me deje en paz un rato.

Es el turno de los labios. Cojo el perfilador y la barra para acentuarlos y agrandarlos exageradamente. Quiero que la gente no pueda fijarse en nada más de mí. Que les dé igual si estoy bien o estoy mal. Eso a ellos le tiene que tener sin cuidado, que como leí en algún sitio: «*Una buena sonrisa oculta tempestades*».

Llegados a este punto es cuando miro el reflejo del espejo y sé que, un día más, hasta que explote, va a ir todo como se espera. Las capas de maquillaje a modo de estratos ocultan un grito fosilizado. Un alarido de dolor que me aprieta el cuello y me asfixia, porque tengo la felicidad al alcance de la mano, pero aún no tengo los arrestos suficientes para enfrentarme a portagayola con todas las dudas y miedos que me impiden ser quien quiero ser en realidad. Estratos de afeitado y cosméticos que me ayudan, con éxito, a aparentar serenidad y felicidad para regocijo y tranquilidad de los demás.

Hace tiempo que mi vida me recuerda a ese chiste de Eugenio que decía: «*¿Sabes aquel que diu?, que se encuentran dos amigos y uno le dice al otro: "Oye, ¿por qué tu hijo está siempre llorando?" y el otro le contesta: "es que ya no sé cómo pegarle para que se ría"*».

Y, como un chiste más, apago las luces del espejo, no quiero mirarme más, me doy asco. Me pongo la chaqueta, cojo la guitarra y la silla. Me preparo a las puertas de la carpa para triunfar una tarde más y espero a que me llamen.

«*Damas y caballeros, con todos ustedes el hombre del que se ríe todo el mundo desde Alabama hasta Los Ángeles: «¡EL POETA PAYASO QUE QUISO SER TORERO!*».



LA FOTO

DE ANDRÉS M. NÍGUEZ PARA **ESTRATOS**

Desde que la humanidad existe, toda generación ha sido superada por la siguiente. Ninguna ha permanecido, por mucho que lo haya intentado.

La vida se convierte en estratos de vidas ya vividas y llamadas al olvido.

Tierra Sagrada

ELLIOT

JARA AIZPURUA

Querido Elliot:

No sé muy bien qué decirte o cómo explicarte las razones por las cuales hice lo que hice. Cuando el resultado es el esperado, pedir disculpas no tiene sentido. Sé que no es lo que se espera de mí, debería estar arrepentido, pero no es así. No puedo mentirme y mucho menos mentirte a ti después de todo.

En el momento que decidí que tú serías el elegido, supe que no habría error. Eras el espécimen perfecto. Tú ni te acordarás, pero me encargué de seguirte durante varios meses, cruzamos alguna palabra en el bar de Paco, entre el cuarto y el quinto vino concretamente. Nunca pude llegar antes, tampoco me hizo falta, tu pesar era el mismo con dos vinos que con siete. Empeorabas con el décimo y perdías el conocimiento cuando yo había perdido la cuenta. Dabas tanta lástima... y asco, dabas mucho asco también.

Cuando descubrí que estabas casado y que tenías un pequeño de 3 añitos me entraron dudas, pero por suerte pude estar presente el día que la policía llamó a tu puerta y pasaste la noche en el calabozo. Ese día, esa noche, mejor dicho, vi a tu mujer amoratada, temblando y rota. Sí, rota. Dos costillas y un brazo, nada menos. No era la primera vez.

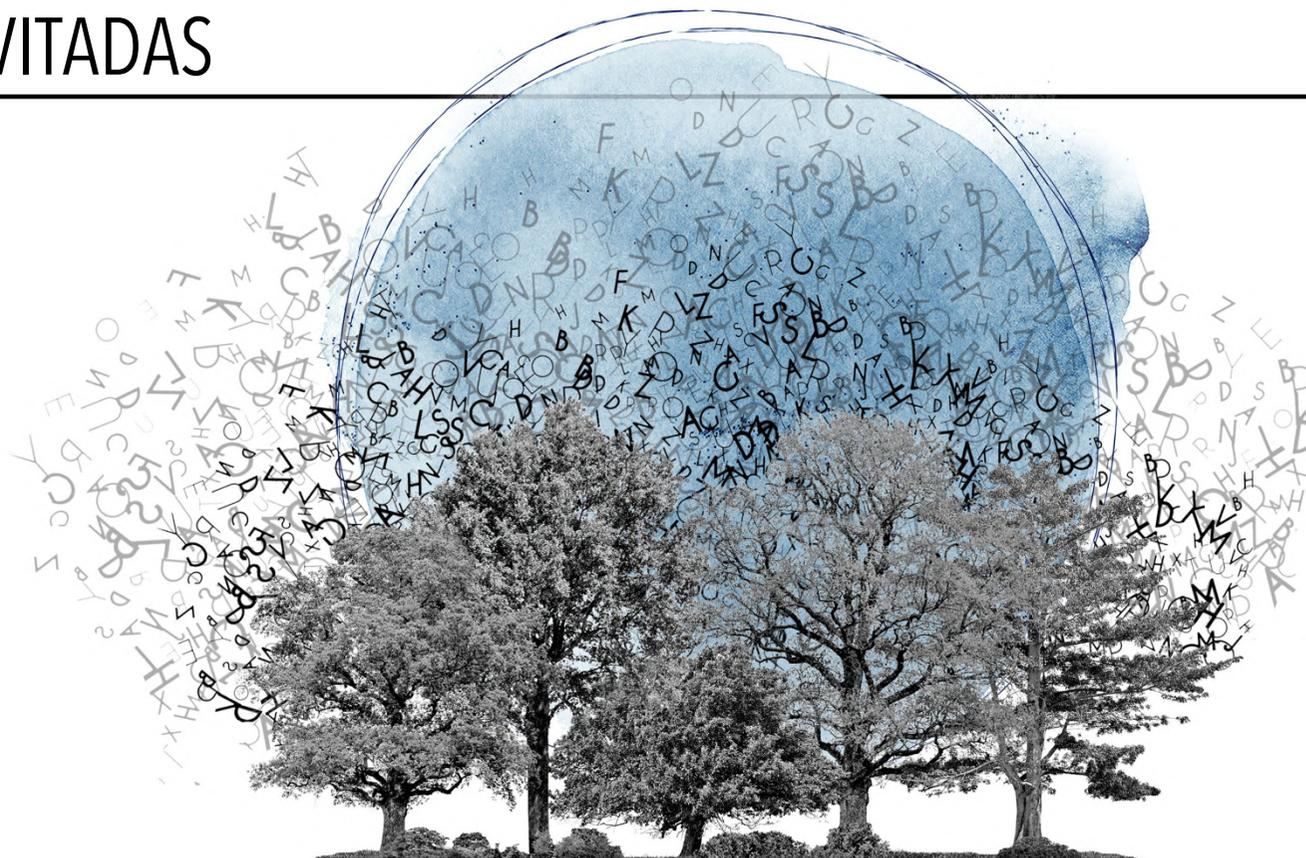
Pregunté por ti en el vecindario, aprovechando la ocasión. Me fue más fácil de lo que pensaba sacar información a los vecinos. No te soportaban, aunque alguno llegó a decirme eso de «*parece buen hombre, siempre saluda*». Iba a hacerle un favor a tu mujer y al mundo entero, y a tu hijo, a tu hijo también se lo haría. En ese momento, lo supe. Que te dieras al alcohol un día sí y otro también resultó ser lo que me hizo fácil que acabaras en mi laboratorio. Un garaje de mala muerte con una mesa enorme y un instrumental perfecto para llevar a cabo mi plan. Te lleve prácticamente inconsciente. Lo bueno de los tíos como tú es que no desconfiáis de otro tío como yo, otro de esos que frecuenta bares e invita a los de siempre. Una vez que ya estabas en el garaje, te ayudé a subir a la mesa con la excusa de que descansaras. Me aseguré de que no hubiera nada más donde pudieras reposar. A los dos minutos estabas roncando. Aproveché para atarte piernas y brazos y que no pudieras salir de allí. Te desnudé y cogí el bisturí.

Con el primer corte, hiciste un pequeño movimiento. Con los siguientes, los gritos salieron de tu boca hasta que el dolor hizo que te desmayaras. Disfrutaba separando tu piel, observando esas finísimas capas que la formaban, esos estratos que resultaron ser un maravilloso manjar. Tenía curiosidad y no podía irme de este mundo sin vivirlo en primera persona. Me habían negado la oportunidad en varios tanatorios. Me miraron como si estuviera loco, incluso me echaron de ellos los de seguridad. Me aseguré de cambiar de ciudad en distintas ocasiones. De aspecto, también, por eso de si alguien sospechaba y me seguía los pasos. Nunca se sabe. Un par de llamadas de la policía me hizo estar alerta.

Y entonces te encontré.

Me costó mucho el rostro. Quería extraer la máscara completa. Me hubiera encantado poder enmarcarla y ponerla en el salón. Reconozco que el resto del cuerpo fue sólo experimentación. Pero había que hacer pruebas. No me servía un animal. Quería hacerlo en un humano y sentir ese éxtasis que me llevó casi al orgasmo.

A quien corresponda, ya que él no puede leerme: no me arrepiento de nada. Si salgo de aquí, buscaré a su hijo, tengo curiosidad y me encantaría comprobar si sus estratos se parecen.



EN TANTAS CAPAS Y AÚN CANTAN

Fue primero aquella palabra que llamó, pubescente, a la puerta de mis ojos. Venía despacito por el este, tras las nieblas de una luz imprecisa, a punto de flor de alba. Sentí miedo de herirla con mis párpados, así que los dejé muy quietos y tímidamente la invité a pasar. Nunca sospeché huésped tan entusiasta y fértil en mi memoria.

La palabra reptó por dilatadas mieses y altas montañas. Sobre sus líneas de horizonte cabalgó con el desenfreno de los potros. No importaban las piedras hincadas, tampoco las distancias. La palabra se arrebató con fustas de fuego, hacia la libertad más lejana e inconquistable.

Años después la palabra comenzó a caer del roble, bajo un cielo de octubre y ventoso, en la tarde plúmbea de la pena. No quería detenerse ante el rumor regocijado con que en otras ocasiones se sorprendió en el río.

No quería mirar atrás. Solo restallar en su silencio ocre-amarillento, herido, crepitante. Solo deslizarse despacio hacia el otoño inevitable. Solo contemplar las bayas que sangraban los serbales [de los cazadores].

Palabra sobre palabra, en este magma me advierto con unas pocas certezas y una multitud de paradojas. No me arrepiento de haber ido sedimentando mi existencia en capas. De mis restos minerales algún día se ocupará la tierra; de lo más orgánico, hasta que pueda, ya iré decidiendo yo. En mi pensamiento siempre quedará un árbol donde enramar las palabras: un sauce para escurrir la lluvia [y la lágrima]; un álamo donde desnudar el invierno [y el miedo]; una encina recia para dar oxígeno a la víscera [de Salamanca]; un ciprés altivo en el que sustentar la estrella [y la espera]. Y, además, ese lilo que cada mayo se 'emprimavera' en el aire con las flores fragantes que me traen los brazos, ya fríos, de mi padre. Vivo, sí, vivo, porque las palabras y los pájaros aún cantan.

EL ESTRATO INFINITO

El cuerpo humano es una sucesión de estratos. Una amalgama de capas viscosas que conforman nuestra estructura hasta rematarla en la piel. No hay vida sin esa superposición de órganos que engullen el alimento, asimilan el agua o respiran el aire hasta el último día. Ahí comienza y acaba todo, hasta que una de esas partes enferma o se marchita por el paso incontestable de la vejez. No hay órgano capaz de vivir sin el otro, todo funciona gracias a esa concatenación que si se deshace nos hará sufrir.

El cuerpo puede parecer el principio y a la vez el fin, y sin embargo no es así. Solo forma parte de una capa porque nunca podrá sostenerse sin relacionarse, con todo lo que encuentra más allá del último tejido. También el aire es necesario, la luz, el resto del ecosistema y por supuesto los demás de seres humanos. No hay nadie capaz de sobrevivir ajeno a esa superposición de estratos que al final es la propia vida.

El paso del tiempo es una suma infinita de ratos que podemos medir en segundos, minutos, horas, siglos o milenios.

El presente es el estrato más fugaz. Un momento que ya ha pasado por mucho que nos empeñemos en detenerlo cuando estamos bien y en rechazarlo cuando estamos mal. El presente sólo existe porque se asienta en el pasado y porque supone la antesala del futuro. No hay ayer sin hoy, igual que será imposible un mañana, sin los dos anteriores.

La historia es el mejor lugar para apreciar el valor de los estratos. Basta con visitar Atapuerca para darse cuenta de que la humanidad se ha construido a base de la suma de las membranas del tiempo. Cada época ha tenido la suya, otra cosa es que podamos acceder a ellas. El impresionante yacimiento de Burgos se descubrió construyendo una vía férrea en el siglo XIX. Cada vez que se hurga en la tierra se está más cerca del núcleo, que es el origen, el principio de todo. Allí los arqueólogos, van acotando los metros y con la ayuda de pequeñas herramientas van desentrañando la historia a cucharadas para encontrar una explicación al ser humano. Cada estrato puede guardar la reconstrucción de unos cientos o miles de años. La posición de un hueso o de un pequeño resto de cerámica sirve al ser humano de hoy, para saber cómo vivió el de ayer. Para conocer al Homo que ha resultado ser nuestro antecesor y sin el que quizá no estaríamos ninguno aquí ahora mismo. Cada zona es un mundo y allí se solapan millones de años. Atapuerca es una pequeña colina formada por tierras calizas y arena. Una mínima parte de tierra que esconde muchas de las grandes respuestas de la humanidad. En un año de excavación, apenas se bajan unos 20 centímetros. Así que no es difícil de imaginar todo lo que queda por descubrir.

Allí está sólo una parte del origen del mundo y más allá de la corteza terrestre está el universo, que también forma una infinita superposición de capas. En el mes de octubre se cumplen 10 años de la hazaña de un loco que se lanzó al vacío desde la estratosfera. Félix Baumgartner se tiró desde un globo situado a 38.969 metros de altura. Aquel hombre llegó a alcanzar en su caída 1.357,6 km/h y se convirtió en el primero en romper la barrera del sonido sin la ayuda de un vehículo motorizado. Baumgartner atravesó a toda velocidad la troposfera, sabiendo que por encima de él estaban todavía la mesosfera, la termosfera y la exosfera. Y más allá el resto del Universo del que aún sabemos muy poco.

La vida es una construcción sucesiva, como también lo es la muerte. Todos nosotros formamos parte de un estrato que hoy está a la luz y que mañana será pasado. El ahora es sólo un presente que ya se ha ido.

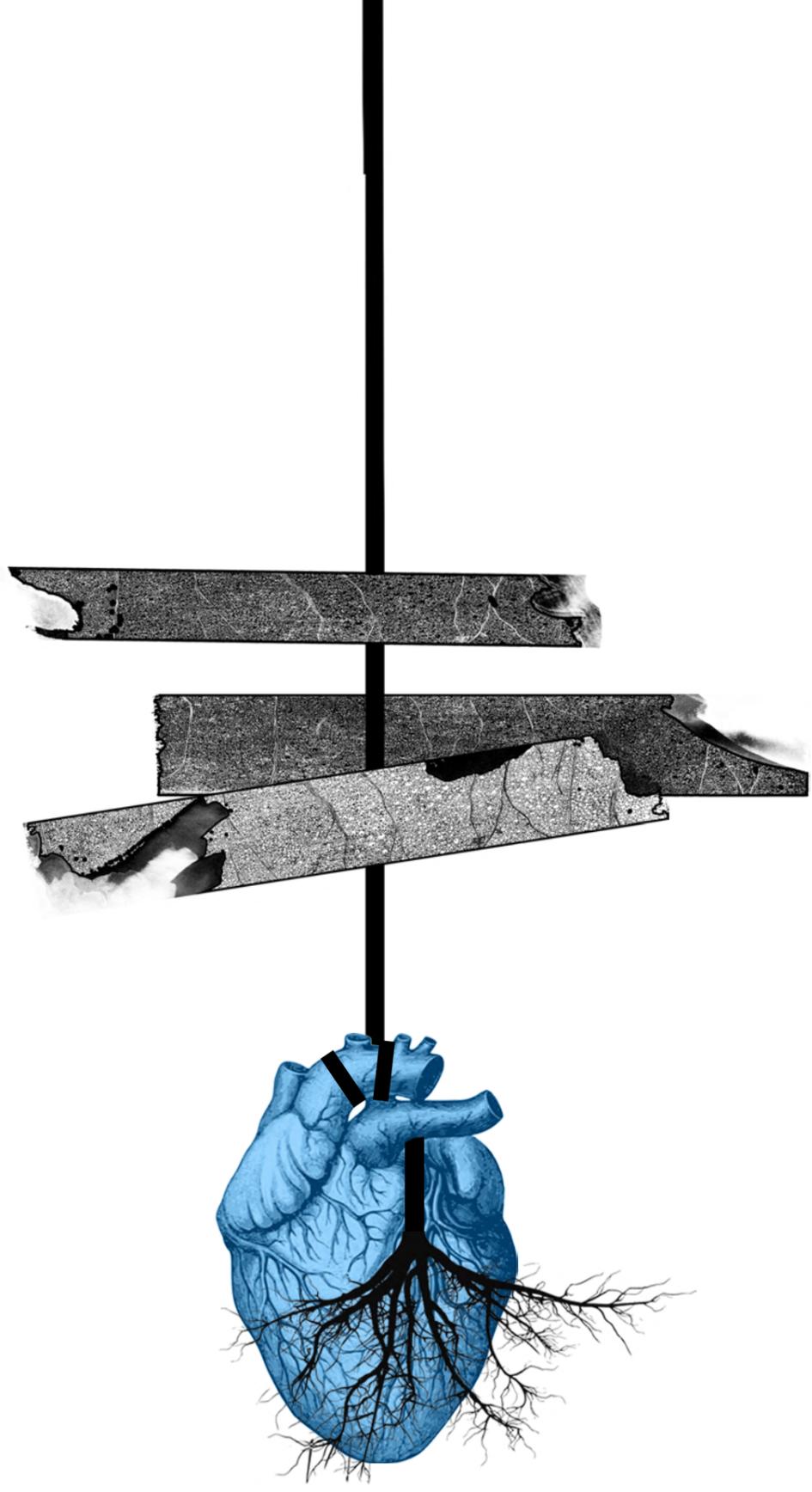


LA OBRA

DE PEDRO VEZ LUQUE PARA ESTRATOS



vez luque
2022



LA
VISCERA
magazine